JOSÉ CARLOS SOMOZA

ESTUDIO EN NEGRO

ESPASA

ESTUDIO EN NEGRO

TRILOGÍA DEL SEÑOR X

José Carlos Somoza

ESPASA

ESPASA e NARRATIVA

© José Carlos Somoza, 2019
© Diseño de interiores: María Pitironte
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito Legal: B. 19.490-2019
ISBN: 978-84-670-5636-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com
Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

EL SEÑOR X

~ I ~

Este misterio que voy a contar no va sobre mí, sino sobre el señor X. Pero creo que tendré que decir algo sobre mí.

Y podría decir muchas cosas sobre mí, pero se me ocurre esto:

A principios de 1882 yo vivía con mi madre en Southwark, Londres, en un agujero cochambroso por el cual nuestro casero nos exigía una fortuna. Entonces mi madre, un día, se quedó mirándome y ya no dejó de hacerlo. Cuando supe que estaba muerta llamé a mi hermano, pagamos el traslado de su féretro a Portsmouth, de donde somos oriundos, para enterrarla junto a mi padre, y se dio el caso de que, en la estación de nuestra ciudad natal, mi hermano compró los periódicos locales: el *Portsmouth Journal*, *El Ojo de Portsmouth y* el *Portsmouth Gazette.* Mi hermano leía los periódicos sobre todo por las reseñas teatrales, aunque hacía años que había abandonado su sueño de ser actor y trabajaba de empleado de banca. Entonces tropezó con algo en el *Journal* y me lo señaló. Solicitaban un puesto de enfermera para cuidar a un insano mental en una residencia privada para caballeros de Southsea, Portsmouth. Lo

pensé un poco —solo un poco— y, ya de vuelta a Londres, envié mis referencias. Recibí una carta de aceptación dos semanas después. Vaya, me dije. Sentí como si cerrara un círculo en mi vida: había nacido en Portsmouth y regresaba allí, quizá para siempre.

En aquella época me veía con un hombre a quien había conocido cuatro años atrás. Se llamaba Robert Milgrew y era marinero en un barco mercante, lo cual significaba que me visitaba cuando podía, o eso me decía. No imagine el lector a un joven imberbe y musculoso: era mayor que yo, robusto pero bajito, de barba descuidada. Le gustaba beber y a veces era violento, pero supongo que no se puede tener todo. En vida de mi madre nunca lo llevaba a casa, pero esa vez, cuando me anunció su llegada, le preparé las cosas para darle la noticia: le hice estofado de carne, que le gustaba mucho, y le compré una botella de buen tinto, que le gustaba más.

Antes lo invité a ver un circense en Camberwell. Los circenses son espectáculos que nos podíamos permitir, y las mujeres entramos sin problemas. Además, aunque la mayoría no son *escandalosos*, te producen muchas emociones, con esas figuras enmascaradas de los saltimbanquis, que no paran de hacer muecas. En esta función estaban encerrados en una gran jaula y fingían querer salir. Gritaban y saltaban como monos. Robert se rio hasta hacerse polvo los pulmones —que ya tenía hechos polvo— y luego fuimos a casa, él algo mareado con las piruetas y los chillidos. Durante la cena escuchó en silencio mi plan de irme a Portsmouth, trabajar y ahorrar y comprar una casita allí para los dos. Mientras yo hablaba, él daba buena cuenta de dos platos enteros de estofado. Cuando acabé, siguió callado. Temí algo. Entonces alargó la mano, cogió la botella de vino ya vacía y me la arrojó a la cabeza. Por suerte, una silla decidió estar allí en el momento oportuno, tropecé con ella y la botella se estrelló contra la pared. Los cristales me cayeron encima. Y detrás me cayó Robert. Me hizo levantar con una sola mano. Era más bajito que yo, muy rechoncho y más viejo, pero era un hombre, claro. Su fuerza era descomunal. La mía solo servía para cuidar y curar. La de él era terrible. Destructora.

—¡Vas a dejar Londres por ese nido de ratas! —bufaba, gritaba, la barba llena de estofado. Parecía un saltimbanqui enloquecido—. ¡Me vas a dejar para largarte! ¡Te vas a ir tú sola, por ahí, como una furcia! ¡Ni lo sueñes, reina!

¿Por qué se ponía así?, le dije, le supliqué. ¡Podíamos seguir viéndonos en Portsmouth!

Pero no me escuchaba.

Nunca me escuchaba cuando estaba borracho, pero eso yo ya lo sabía.

Tenía mal genio, pero eso también lo sabía.

Sin embargo, en aquel momento hizo algo que nunca había hecho y que yo no sabía que podía hacerme algún día.

Comenzó a estrangularme.

—Ro… bert… —exhalé.

Me vi morir. Allí, en mi casucha de dos habitaciones, con mi vajilla hecha trizas y las manos de Robert alrededor de mi cuello. Pero fueron sus ojos los que más temor me dieron. Eran oscuros y olían a carne. No quise mirarlos.

—¿Qui… quieres irte…? ¿Quieres…? —balbuceaba—. ¡Pues… vete!

Entonces me soltó. Y mientras yo tosía a sus pies, le oí gritar que de acuerdo, que me largara al mismísimo infierno si quería.

Se llevó parte de mis ahorros y dio un portazo.

Todo acabó como de costumbre. Al día siguiente —yo aún dolorida en la cama— alguien deslizó un sobre bajo mi puerta. Contenía un papel. Era de Robert, aunque no era su letra, y por eso supe que era de él. Nunca era letra de Robert cuando era de Robert, porque Robert apenas sabía escribir y le pedía a otro —un marinero, un grumete, un mozo de almacén—, que tampoco escribía bien, pero sí algo mejor, que copiara el mensaje dictado por él. Me decía que me perdonaba. Que intentaría seguir viéndome en Portsmouth, en mi primera tarde de asueto. Que me quería.

Yo no reaccioné. Ni bien ni mal. Arreglé las cosas con mi casero, me quedé con lo imprescindible, le regalé el resto a mi hermano y el día de mi incorporación, a mediados de junio, me puse mi mejor vestido y tomé un tren en la estación de Waterloo.

– 2 –

Pasé todo el trayecto dando vueltas en la cabeza a lo mismo. ¿Por qué no quería que me marchara a Portsmouth? Él vivía en el mar, ¿qué más le daba?

Bien sabía Dios que no era una ciudad bonita. Pero tenía un puerto que, aunque te desalentaba si querías escribir poesías, resultaba ideal para cualquier marinero. Lo demás eran casuchas —yo me había criado en una— y la parte noble de Southsea, que había ido creciendo con el tiempo, y ahora vivía allí gente acomodada y había muchos más teatros. También estaba Clarendon House, la residencia donde iba a trabajar.

Fuera como fuese, ¿por qué se había puesto así? ¿Qué había hecho yo de malo esta vez? Es verdad que, durante un tiempo, no tendría casa propia —viviría en la residencia—, pero en Londres también nos veíamos fuera de casa. No lo entendía, pero eso me ocurría siempre con Robert. Tampoco me entendía a mí misma: no quería volver a verle —aún llevaba en el cuello la señal de sus dedos, que había ocultado tras un pañuelo—, pero sabía que cuando me escribiera de nuevo, allí estaría yo. Lo sabía, por mucho que me lo negara a mí misma.

Me quedaban pocas cosas en la vida: mi trabajo de enfermera y Robert. No eran fáciles, pero eran todo lo que tenía.

Diluviaba cuando el tren llegó a la estación de Portsmouth. Uno de esos chaparrones de verano que caen cuando decido llevar mi mejor vestido para causar buena impresión en un nuevo trabajo. Tuve, al menos, la suerte de poder alquilar un carruaje en la estación. Aunque me puse a mirar por la ventanilla para ver algo de mi ciudad natal, que no visitaba desde el entierro de mi madre —visita en la que solo logré ver el cementerio—, apenas distinguí nada con el aguacero. Parecía una lapidación ejecutada por fanáticos. El fin del mundo.

Eso sí, los teatros seguían atrayendo gente, y estuvimos cinco minutos esperando a que la muchedumbre de paraguas apretados

nos dejara paso frente a las puertas del Victory, en Victory Road, donde al parecer ofrecían un melodrama exitoso.

Clarendon House era un manchurrón enorme que daba al mar por su parte posterior, rodeado de manchurrones verdes. Tenía que ser bonito con buen tiempo. Yo creía recordar un edificio así en mi juventud, de fachada holandesa y tejados picudos. Supuse que había pertenecido a una familia noble ahora arruinada y, ya reformado, se había convertido en residencia de salud para hombres ricos. Quizá la familia había sido vendida a los teatreros clandestinos —eso me contaba mi hermano que ocurría con algunas familias arruinadas—, pero quién sabía. Imaginaba un trabajo tranquilo atendiendo a un viejo caprichoso. La clase de tarea para la que me consideraba experta.

Mi carruaje se detuvo en la cancela del muro que rodeaba la propiedad, donde había una campanilla y un letrero lavado por la lluvia: «CLARENDON HOUSE. RESIDENCIA DE REPOSO PARA CABALLEROS». Pagué al cochero y añadí propina para que me llevase el equipaje a la puerta, donde pasó a mis manos.

Desde niña me ha gustado la piel lustrosa de los caballos cuando la lluvia los adorna, como si abrillantaras muebles de ébano, pero no me encontraba en situación de gozar del espectáculo cuando el buen cochero de Portsmouth se marchó. Me sentí muy sola bajo mi inapropiada sombrillita mientras sacudía la campanilla. Imaginé que nadie saldría, que me dejarían allí y la lluvia acabaría por disolverme como uno de esos castillos de arena que modelan los niños en las playas.

Todo había empezado mal.

Tuve que pensar que las cosas no harían sino empeorar.

~ 3 ~

—¡Madre mía, está usted empapada, uuuuh! ¡Le daré algo para que se seque!

Quien me atendió al fin fue una oronda criada de uniforme azul celeste llamada Henrietta Walters. —«Pero todos me llaman Hettie,

¡uuuuh!»—. Se reía hasta ponerse colorada, como si verme calada hasta los huesos fuera lo más divertido del mundo. Daba la impresión de que junto a ella todo se aceleraba. Corrimos bajo su paraguas por una vereda embarrada, cruzamos un vestíbulo sobrio y serio y unas cocinas donde olía a infusiones y huevos fritos, y entramos en una diminuta habitación que parecía ser el guardarropa. Hettie me dejó una toalla. Había un espejo de cuerpo entero y anaqueles con uniformes negros y petos y delantales blancos. Me sequé con la toalla cuanto pude sin quitarme el vestido. Luego la emprendí con el barro de los botines.

Hettie venía cada cierto tiempo y me preguntaba si necesitaba algo. Era una mujer maternal. Supimos enseguida que ambas éramos de Portsmouth, y como lo único que parecía distanciarnos era el trabajo, lo dejamos aparte y charlamos de teatro. Sus rebosantes mejillas enrojecieron al decirme —en voz baja— que debía ir a ver *Lucy, la abnegada,* un melodrama que triunfaba en el Victory. Las emociones del melodrama son excesivas para mí. A Hettie, en cambio, le encantaba emocionarse.

—He llorado, he reído, uuuuuh. ¡Muchas veces lloraba y reía a la vez!

—¿Es… *escandaloso*? —pregunté con curiosidad.

Me miró y asintió muy despacio, pero con mucha firmeza. Cada cabeceo aumentaba mi sentido del escándalo. Luego se inclinó hacia mí y me contó cómo aparecía la actriz protagonista en cierta escena qué le hacían y qué le gritaba parte del público. Prometí que la vería, más que nada para que dejara de contármela entera.

Cuando acabé de secarme, me miré al espejo.

Vi más deseos de buena apariencia que otra cosa: mi sombrerito penoso, mi mejor vestido en remojo, las arrugas de mi rostro acentuadas, mi nariz abultada, mis ojos demasiado juntos. Era yo, como siempre. Al menos estaba limpia. Eso sí. O lavada.

El cuello, bajo el pañuelo.

Entonces Hettie me dijo:

—¡Ahora vamos… al despacho del señor Weedon!

Alargó tanto el nombre —«*Weeeeeedon*»— que me asusté antes de verle.

~ 4 ~

El despacho, situado al otro lado del vestíbulo, mostraba una plaquita en la puerta que decía «PHILOMON WEEDON, CONTABLE». Además de su escritorio, había otro en perpendicular ocupado por su ayudante, un joven de cabello rubio y rostro angelical que se presentó como Jimmy Piggot. Parecía muy tímido. Weedon era un hombre pequeño, robusto, de calva cóncava —lo he escrito bien: *cóncava*, aplastada en el centro— cruzada por pelos como líneas de tinta y lampiño. No me invitó a sentarme, se caló unas antiparras y empezó a escribir mientras me hacía preguntas. No eran muy diferentes de las que ya había contestado al enviar mis referencias, pero no me importó. Lo bueno de repetir algo es que ya lo has hecho antes, decía mi padre.

—¿Edad?

—Cuarenta y cuatro años, señor.

—¿Estado civil?

Me percaté de que me tocaba el pañuelo del cuello.

—Soltera, señor.

Mi conciencia traía y llevaba a Robert como un alga flotando en la orilla. Sabía que no debía mencionarlo. Si no lo mencionaba, no pensaría tanto en él. Si no pensaba tanto en él, quizá acabara olvidándolo. Si lo olvidaba, quizá dejara de desearlo.

Pasó revista a lo más común: mi anterior residencia, mi familia, mis gustos teatrales —opereta, dramas y circenses, respondí—. No objetó.

—¿Experiencia? —dijo.

Hablé de mis trabajos con enfermos particulares, pero supuse que sería una ventaja añadir lo que ya había incluido en mis referencias: mis dos años en el asilo mental de Asherton, Dartmoor —tristemente célebre, porque todo el mundo recordará que fue devorado por un incendio en 1872—. Pero Weedon torció el labio.

—Lo de haber trabajado en un asilo es bueno y no lo es, señorita McCarey. —Me quedé esperando la explicación de aquella misteriosa frase. Añadió en tono académico—: En Clarendon no tene-

mos «enfermos», sino «residentes». Así debe llamarlos. Caballeros de buenas familias que vienen a Clarendon a calmar los nervios que les produce su vida llena de enormes e importantes responsabilidades. ¿Comprende?

—Sí, señor.

Bueno, ese era el nombre, tan solo. Cada sitio tiene su propio diccionario, decía mi padre. No obstante, deduje que si me habían aceptado sabiendo mis antecedentes en el asilo, era porque yo les interesaba.

Al fin me pasó unos papeles. Eran las condiciones que ya conocía: ochenta libras mensuales, manutención, aseo, un uniforme limpio y calefacción. Se esperaba de mí una conducta decorosa, irreprochable. No podría contraer matrimonio sin permiso expreso del director médico. Tenía derecho a medio día de asueto cada dos semanas, pero debía especificar qué espectáculo teatral iría a ver si en eso decidía emplearlo. Junio de 1882. Anne McCarey —mi firma era ese mismo nombre en letras muy pequeñitas, como las que ahora me salen al escribir esto—. Weedon se levantó tras guardar los papeles.

—Conocerá al doctor Ponsonby pronto. Ahora le presentaré a su residente.

Parecía repentinamente nervioso, como si el recién llegado fuera él.

~ 5 ~

Era como si hubiese habido una matanza y estuviesen borrando las huellas.

Doncellas de uniforme azul celeste se afanaban en frotarlo todo casi con saña, pasamanos, suelos, paredes. Luego supe que en Clarendon todo lo que no estaba alfombrado estaba frotado una y otra vez, como en castigo por la falta de suavidad.

—Es por la lluvia —dijo Weedon mientras escogíamos las escaleras que llevaban al piso superior—. Todo se ensucia.

Mientras subíamos, me explicó que Clarendon tenía dos plantas con diez habitaciones cada una, cinco en cada ala. Los residentes se lavaban en su habitación, ayudados o no por las enfermeras, y compartían un baño al fondo del pasillo. Éramos cuatro enfermeras más la enfermera jefe, y se esperaba que yo conociese y me ocupase cuando fuera posible de los residentes del ala donde estaría el mío —la oeste, primera planta—. Añadió que solo se admitían residentes masculinos de buenas familias, quedando excluidos los de familias regulares o malas y los femeninos, sin importar la calidad de las familias.

—No admitimos mujeres —precisó, para que no hubiese dudas.

Quizá eso le hizo repasarme con la mirada de arriba abajo al llegar al primer piso. Casi imaginé que diría: «Tampoco admitimos enfermeras poco atractivas». Pero respecto de esto último me tranquilicé enseguida. Nos interrumpió una enfermera que parecía llenar con su cuerpo el pasillo que teníamos ante nosotros. Era más gruesa que Hettie, pero más bajita, lo cual, unido al uniforme completamente negro —salvo cofia, peto y delantal—, la hacía parecer una bola deslizándose en silencio con un cigarrillo encima. Sostenía una bandeja con gasas y un manojo de llaves colgaba de su delantal. Sus rasgos apretados en el centro de un rostro céreo bajo la altísima cofia distaban de parecerse a los de la jovial Hettie. Weedon y ella mantuvieron una breve conversación en voz baja sobre los «residentes» —*¡Apréndete la palabra, Annie!*—. Luego, el primero hizo las presentaciones.

—La enfermera jefe, Mary Braddock. Anne McCarey, la sustituta de Bettie.

Me miró desde aquel cúmulo de rasgos sin devolverme la sonrisa.

—¡Lo siento por ti! —dijo, y siguió su camino.

Weedon se encogió de hombros como si hubiese presentado a una hija algo atrevida, pero cuya alta posición en la jerarquía familiar estuviera fuera de dudas.

—Debe disculpar a la señorita Braddock, el señor X es un poco especial.

No entendí el nombre. Acaso era un apellido extranjero.

Pero no pude preguntarle nada más porque se alejó en la dirección por la que había venido la enfermera, que sin duda era el ala oeste que me correspondía. A un lado había puertas cerradas, y al otro, ventanales que daban a la avenida Clarence y a todo Portsmouth, emborronado por la lluvia. Imaginé que las habitaciones de los residentes tendrían vistas al mar. Weedon se detuvo en la última puerta —tras señalarme el lujoso baño compartido al fondo—, dio unos golpecitos y la abrió sin esperar a que contestasen.

Y lo más prodigioso: habló hacia el interior con una voz muy distinta a la del digno oficinista y rígido instructor de antes.

Sonaba casi musical, suave, como se le diría «gugú» a un bebé.

—¡Señor X…, ha venido su nueva enfermera!

Y mientras hablaba, se apartó y me invitó a pasar.

Pero no lo hice.

La habitación estaba a oscuras por completo.